

Cynthia Radding

“Los o’odham, los españoles y los mexicanos en la frontera desértica de Sonora, 1768-1843”

p. 687-698

*La ciudad y el campo en la historia de México. Memoria de la VII Reunión de Historiadores Mexicanos y Norteamericanos. Papers presented at the VII Conference of Mexican and the United States Historians*

Gisela von Wobeser y Ricardo Sánchez (editores)

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

1999

956 p.

ISBN 968-36-2348-4 (tomo II)

ISBN 968-36-1865-0 (Obra completa)

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de noviembre de 2023

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/276-02/ciudad-campo.html>



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

D. R. © 2023, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



Cynthia Radding\*

Los o'odham, los españoles y los mexicanos en la  
frontera desértica de Sonora, 1768-1843

### *Introducción*

Las sociedades seminómadas de la sierra y el desierto, constituidas étnicamente en los grupos genéricos de ópata y pima del norte de Sonora, representan el núcleo de la población campesina de esta porción de la frontera septentrional de Nueva España. Su historia, examinada aquí durante el periodo de transición entre la sociedad colonial y la temprana república, revela la perduración de distintas expresiones culturales y diversos sistemas ecológicos en lo referente a su organización social y la relación fundamental entre el hombre y la naturaleza.

La yuxtaposición entre la urbe y el campo planteada en la historiografía sobre otras regiones de México no es completamente operable en este caso, debido a la relación ecológica que subyace su desarrollo histórico. Por esta razón, la tipología de asentamientos empleada aquí contrasta la rancharía o el campamento del desierto, cuya ubicación se cambiaba, con el pueblo o aldea permanente en las márgenes de los ríos. Se compara los rasgos de nomadismo y sedentarismo para comprender mejor la economía aborigen y el impacto del coloniaje en la zona. La perspectiva etnohistórica que guía el presente ensayo no pretende aislar al grupo bajo estudio, sino que plantea que su experiencia particular enriquece las interpretaciones globales sobre la historia social de Sonora y del noroeste mexicano.

### *La gente y los procesos históricos*

El presente trabajo se concentra en el *o'odham* (pima) y, dentro de esta etnia, en los *tohono o'odham*. Se llamaban a sí mismos “la gente del desierto”, conocida a partir de la conquista como *pápago*. Su nombre se deriva del término aborigen que describe uno de sus medios principales de subsistencia: *papawi ko'odam*, los “pimas frijoleros”. Al respecto observó el misionero jesuita Luis Velarde:

La fertilidad de la tierra es más que mediana, y en partes muy abundante, aunque en partes es algo estéril, más por falta de beneficio, a lo que creo, que por la calidad de la tierra, pues los que allí habitan llamados papabotas, esto es, pimas frijoleros, que su principal siembra es frijol, llamado japavi, se contentan con muy poco para pasar la vida; [...] Los demás frutos de esta Pimería son maíz, frijol pequeño, llamado tepari y otras semillas que a sus tiempos cogen los pimas y guardan para su sustento.<sup>1</sup>

Los misioneros y militares españoles que penetraron la Pimería alta a finales del siglo XVII aprendieron que la habitaron distintos grupos que presentaron contrastes en la configuración de sus rancherías, la densidad de su población y sus patrones de subsistencia, aun cuando compartían ciertos rasgos en común. La nomenclatura autóctona e hispánica distinguió entre los *Hiach'eD* o *S-ohbmakam*, los nómadas del desierto o “areneños”; los *tohono* o *Papawi Ko'odam* que practicaban una agricultura

\*University of Missouri, St. Louis.

<sup>1</sup>Velarde en Mange, 1985<sup>3</sup>, p. 126.

limitada en los arroyos efímeros de las llanuras “estériles” y recolectaban los frutos del desierto y los *Akimel*, los “pimas laboríos” que levantaban cosechas más sustanciosas a lo largo de los ríos que regaban la Pimería Alta. Es importante enfatizar las migraciones periódicas, la reciprocidad y el intercambio que ligaban a los tres subgrupos de o’odham. Estas relaciones surgidas de las diferencias sutiles de la base ecológica se intensificaron a la vez que sufrieron alteraciones a través del coloniaje español y la implantación del sistema de misiones.<sup>2</sup>

Los informes de Juan Mateo Mange y Luis Velarde<sup>3</sup> confirman que el eje principal para el norte de la Pimería Alta fue el Río Gila y sus afluentes: el San Pedro, Santa Cruz, Salado y Verde. Su límite meridional lo formó el Río Magdalena-Concepción con sus afluentes de Cocóspera y Altar. La confluencia del Río Gila con el Colorado, hacia el poniente, creó el medio ambiente para el desarrollo de diversos grupos de horticultores y recolectores conocidos como pima pápago, cocomaricopa y yuma, entre otros. Los misioneros reconocieron que hablaron distintos idiomas, pero que compartían una economía y organización social semejantes. Los itinerarios de los tempranos exploradores reflejan, en sí, la territorialidad pima-pápago y revelan los nexos que unían a ciertas rancherías del desierto con Atil y Tubutama, dos pueblos del Río Altar.

Al enfocar nuestro estudio en los tohono o’odham, nos interesa su perduración como etnia y la modificación de su economía bajo el coloniaje español. Son temas fundamentales para la investigación su ocupación de un territorio ecológicamente variado y su acceso a diversos tipos de recursos, pues su subsistencia requirió de la agricultura de temporal, la recolección, la pesca y la cacería.

Los patrones culturales de los tohono giran alrededor del movimiento estacional de transhumancia entre dos rancherías: el pozo (*wahia*) y el campo (*oidag*). Este rasgo central de su organización social, aparentemente de orígenes prehispánicos, siguió vigente a pesar de las modificaciones en su economía hasta el presente siglo. Velarde observó, a principios del siglo XVIII, que “viven comúnmente juntos en invierno y en verano cada uno en su milpa”. Las familias hicieron sus milpas (*oidag*) donde los arroyos se desembocaron en las llanuras. Sembraron frijol, maíz y calabaza con el agua de las lluvias veranales que hicieron llegar a las milpas por medio de cercos de ramas y acequias. En algunos sitios privilegiados con manantiales permanentes, como Sonoita, Quitovac y Quitovaquito (*A'al Waipia*), se podía ampliar el área sembrada y expandir los represas construidos para su irrigación. Después de levantar la cosecha, en octubre o noviembre, los tohono regresaban a sus campamentos ubicados cerca de los ojos de agua (*wahia*) en las faldas de las serranías.<sup>4</sup>

Sus propios cultivos suplieron aproximadamente la quinta parte de sus alimentos. Completaron los recursos necesarios para la subsistencia con la cacería, la recolección del fruto del sahuaro y de otras semillas, hierbas y frutas del desierto. Igualmente importante, obtuvieron granos y semillas a cambio de su trabajo en las milpas de los *Akimel*, los pimas agricultores de las aldeas ribereñas. Asimismo, intercambiaron los productos de la recolección con los demás grupos pimanos y yumanos; v.g., los tohono entregaban la miel y otros dulces que procesaban del sahuaro a los *akimel* del Río Gila a cambio de la péchita del mezquite y, después del contacto español, de trigo. La recolección, en todas sus formas, fue la base de su economía; su ciclo anual determinaba, en gran medida, el patrón de asentamiento. Como se verá más adelante, los o’odham adaptaron su economía de recolección a las innovaciones que los españoles introdujeron y, a menudo, impusieron en su mundo.

<sup>2</sup>*Ibid.*, pp. 91-94; Crosswhite, 1981, pp. 69-75.

<sup>3</sup>Mange, 1985, pp. 115-118.

<sup>4</sup>Castetter y Bell, 1942, pp. 48-49, 55-63; Fontana, 1981, pp. 36-37; Mange, 1985, p. 131. Rodríguez y Silvia, 1985, aseveran que para Quitovac la transhumancia entre el *wahia* y el *oidag* se estableció hasta el siglo XIX. Sugieren que, en la víspera de la colonia española, a fines del siglo XVII, según la evidencia arqueológica, la tradición oral y ciertas descripciones documentales, los aborígenes de Quitovac, entonces *hiach-ed*, practicaron un “nomadismo alternado” (pp. 8-9).

Así fue, hace mucho tiempo, cuando la gente primero tuvo conocimiento del mundo, desde entonces aprendió de su Creador que las personas que tienen hijos, no importa dónde ni bajo qué condiciones, viven juntos. La gente se parecía a una milpa cultivada que producía lo que se había sembrado, reconocía su parentesco y las semillas permanecían para seguir reproduciéndose.<sup>5</sup>

Fuertemente asociada con la economía de recolección y la división de trabajo, la familia tohono definía la formación de las rancherías. Se trata de la familia extendida cuyos miembros compartían la misma casa, trabajaban las milpas, recolectaban el sahuaro y otros frutos y mudaban del llano al pozo según las estaciones. Su elasticidad ha sostenido la estructura social de los pápago durante toda la época histórica hasta la actualidad. Varias generaciones convivían y repartían las responsabilidades de limpiar las milpas y construir los repesos, cazar, recolectar semillas, procesar la fruta del sahuaro y, en tiempos más recientes, cuidar el ganado y trabajar por temporadas en las minas o las labores de agricultores pimas y mexicanos.<sup>6</sup>

El trabajador pápago, entonces, se entiende no tanto como el individuo, sino como “la familia patriarcal”. Sus miembros cumplían con diversas tareas, separándose durante temporadas entre la milpa, el monte, las serranías y sitios más distantes de donde se obtenían recursos especiales o el producto del intercambio. Su territorio de usufructo abarcaba una región más extensa que incluía el Pinacate, el centro principal de los *hiach-ed* y fuente de obsidiana, y las salinas cerca del Golfo de California. La familia así definida ayuda a explicar el ritmo de “nomadismo alternado” mediante el cual algunos habitantes salieron por temporadas a la caza y la recolección mientras que otros permanecieron en las milpas o la wahia. Asimismo, esclarece el aparente abandono de las rancherías que observaron en repetidas ocasiones los primeros misioneros y militares que abrieron la Pimería Alta al dominio español.<sup>7</sup>

En resumen, la comunidad de los tohono o'odham encontró su epicentro en el desierto. Fue sostenida por medio de una variedad de recursos dentro de una temporalidad secuencial (las estaciones), incluyendo a la recolección de plantas, la pesca y cacería, la agricultura y el intercambio con los pueblos contiguos. La complementariedad entre la wahia y el oidag definía su territorialidad a la vez que permeaba su cosmovisión, dio forma a sus leyendas históricas y fundamentaba su sistema de parentesco.

Este ensayo plantea algunas preguntas en torno a la preservación y la adaptabilidad de la comunidad indígena frente a las presiones de la sociedad colonial y la economía precapitalista en esta región fronteriza. Su hipótesis es que la creciente importancia del intercambio comercial y el mercado de trabajo para los o'odham sólo gradualmente reemplazó a los medios tradicionales de subsistencia. Para el periodo aquí bajo estudio, el proceso estaba apenas en las etapas intermedias y su conclusión no se puede discernir sino hasta la segunda mitad del siglo XX.

### *La colonia en la Pimería Alta*

Como es bien sabido a través de las crónicas publicadas y la historiografía de los *Borderlands*, la Conquista llegó al noroeste de Sonora mediante la fórmula conocida de cruz y espada. Fueron los militares y los misioneros que abrieron esta frontera septentrional a fines del siglo XVII, constituida en el rectorado jesuita de Nuestra Señora de los Dolores de la Pimería Alta. No se debe subestimar el impacto de la fuerza militar en las relaciones entre o'odham y españoles, pues las primeras hostilidades no se hicieron esperar. En 1695, una serie de provocaciones y confrontaciones

<sup>5</sup>Candelaria Orozco, entrevistada por Fillman Bell, en Bell, Anderson y Stewart, 1980, p. 50 (traducción al español, CR).

<sup>6</sup>Castetter y Bell, 1942, pp. 124-126; Spicer, 1974, p. 45.

<sup>7</sup>Underhill, citada en Castetter y Bell, 1942, pp. 126-130; Fontana, 1981, pp. 36-37; Rodríguez y Silvia, 1985, p. 8.

entre los caciques aborígenes y los soldados explotó en la llamada primera sublevación pima. Posteriormente, hubo repetidas tensiones y escaramuzas entre soldados presidiales e indios. Al considerar todo el periodo colonial, la misión fue la institución que más penetró en la comunidad indígena, cambiando su organización social.

Al enfocar nuestra investigación en los tohono o'odham, debemos preguntarnos: ¿cómo afectaron las misiones a los nómadas? Sin lugar a dudas, el núcleo de la población para las tempranas misiones jesuitas fueron los akimel. Los misioneros establecieron sus reducciones en las aldeas ribereñas más compactas, donde los pima ya mostraron una tradición de agricultura y tendencias sedentarias. La economía agraria que sostenía a las misiones, así como sus objetivos de evangelización e hispanización requirieron de comunidades fijas con una población estable. No obstante lo anterior, el padre Francisco Eusebio Kino y el capitán Juan Mateo Mange avanzaron sus visitas a las rancherías pápagas desde sus primeras entradas en la zona. Reconocieron desde el principio los lazos de parentesco y de reciprocidad económica que ligaron a los moradores del desierto con los horticultores de los ríos.

Las misiones agregaron a los cultivos tradicionales de los pima el trigo, los frutales europeos y el ganado, ampliando considerablemente la base productiva de las aldeas. Con el tiempo, las misiones representaron un recurso más para la subsistencia de los tohono, alterando su ciclo antiguo de cacería, recolección y horticultura de temporal, pero sin eliminarlo. La presencia de los “pápagos gentiles” en las misiones se tornó importante para la vida económica de las comunidades a partir de la segunda mitad del siglo XVIII. Se enumeran con más frecuencia en los padrones y censos y su mano de obra se volvió necesaria para las faenas agrícolas. Es significativo que su estancia en los pueblos era temporal, generalmente en la etapa de cosechas, siguiendo un patrón reminiscente de sus visitas a las aldeas de los akimel para trabajar y recolectar los granos que sobraron.<sup>8</sup>

A través de la misión los tohono entraron en contacto con la sociedad colonial que, a fines del siglo XVIII, penetraba en la Pimería Alta mediante la estancia ganadera y los placeres de oro. Los propietarios de los ranchos y haciendas entraron en conflicto con las misiones sobre el control de la tierra cultivable, el agua y la mano de obra. La rivalidad que se expresó con más intensidad en los litigios y disputas de las primeras décadas del siglo XIX causó nuevos desajustes en los sistemas económicos y ecológicos de los akimel y los tohono. Las actividades agropecuarias y mineras de los españoles y criollos constriñeron la producción de los horticultores aborígenes y los encauzaron en las etapas iniciales del peonaje.<sup>9</sup> Para los o'odham, el trabajo por jornales agregó una nueva dimensión a los patrones de nomadismo que seguían las etapas de recolección en el desierto.

Para evaluar los cambios efectuados en la vida de los o'odham, es necesario considerar los inicios del mercado regional en la frontera sonorensis. Sus raíces surgen de la economía misional y de la presencia de colonos civiles en la Pimería Alta. En la medida en que las misiones comenzaron a producir excedentes, comerciaban los víveres con los presidios militares y los centros mineros. Durante las primeras etapas del coloniaje español, la misión participaba como entidad en esta red comercial con la venta de alimentos y de ganado. Aun antes de la expulsión de los jesuitas (1767) y más marcadamente en el periodo que corresponde a este estudio, el desarrollo de la sociedad colonial ejerció presiones para separar a los indígenas de la comunidad y subordinar la economía misional a los intereses de los comerciantes y terratenientes particulares.<sup>10</sup> En todo caso, este mercado comprendía una serie de transacciones

<sup>8</sup>Ver Radding, 1979, y la bibliografía ahí citada para una discusión general sobre las misiones y su significado para la historia social de la región.

<sup>9</sup>Ver la evidencia y el análisis sobre el conflicto entre haciendas y misiones en Reading, 1979, 1981; Kessell, 1976.

<sup>10</sup>Ver Radding, 1977.

locales. No se trataba de un *locus* central, sino de varios sitios asociados con los campos mineros y los presidios como Altar, Tubac y Tucson.

Los tohono o'odham, como trabajadores y pequeños productores, participaron marginalmente en este incipiente mercado regional. Su trabajo en las faenas agrícolas, ya señalado, y como vaqueros y gambusinos los llevaron por temporadas más extendidas a las haciendas del Valle del Altar, a los campos trigales de los pimas gileños y a los campamentos mineros tales como \*Cieneguilla, Arizona y Sombreretillo. En estas comunidades fronterizas, los o'odham entraron en contacto con una población heterogénea de españoles, "castas" (mestizos y mulatos) y otros grupos indígenas como yumas y yaquis. Aunque la evidencia histórica y etnográfica señala que no abandonaron sus rancherías tradicionales, el prestar sus servicios a cambio de dinero alteró el ritmo de transhumancia y modificó su organización familiar.<sup>11</sup>

La economía colonial influyó en la vida de los o'odham en otro aspecto importante. Comenzaron a criar su propio ganado que, a medida que avanzaba el siglo XIX, alteró su estructura social interna y los vinculó más con el mercado regional apenas en formación. La actividad pastoril, en sí, se inició en las misiones. Las manadas eran, en un principio, un bien de toda la comunidad, pero para fines del siglo XVIII, algunos indígenas adquirieron reses propias. El ganado se convirtió en una nueva forma de propiedad. Mientras que el usufructo de la tierra seguía la tradición comunal, el ganado fue poseído por individuos. La adquisición de caballos, en particular, significó un prestigio personal que sobrepasó la utilidad de los animales. El dominio del caballo modificó la movilidad tradicional de los tohono entre las serranías y los llanos e intensificó sus contactos con los rancheros del Altar-Asunción y otros valles del norte de Sonora. La posesión del ganado dio lugar a conflictos entre los o'odham y los mexicanos, provocando enfrentamientos abiertos y, para un periodo posterior, el abandono de algunas rancherías.<sup>12</sup>

La participación mercantil de los pápago no se inició como tal, sino con el intercambio de regalos. El ser bondadoso es una cualidad que estiman los o'odham y asegura la reciprocidad en caso de una necesidad futura. El trueque de los productos de sus cosechas y de la recolección, ya notado anteriormente, continuó hasta la época actual. A partir del contacto europeo, la gente del desierto gradualmente aprendió la práctica del comercio introducido por los españoles. El jesuita Luis Velarde observó a principios del siglo XVIII refiriéndose a los "papabotas":

Son partidos y liberales de lo que alcanza su pobreza y ninguno que llegue a sus rancherías y casas sea propio o extraño, padecerá necesidad; [...] viven empero contentos con su pobreza que no alcanzan más vestuario por falta de tejidos que ignoran y de comercio con los que lo tienen; pero en nuestras misiones, pueblos y rancherías confinantes, andan mejor vestidos así por la ayuda de los padres, como de los bastimentos que venden a los españoles.

Los misioneros mediaron el intercambio entre los indígenas y el mercado colonial en lo que podríamos llamar la "economía formal", refiriéndonos al comercio con los productos agropecuarios y artesanales de las misiones. Sin embargo, los tohono e hiach-ed continuaron los tratos tradicionales de trueque con los pueblos y en los ranchos y campamentos mineros de la zona. Asimismo, en la medida en que se desarrolló la sociedad colonial, los o'odham acudieron a los centros de población para vender las cosechas de sus milpas. En esta etapa de intercambio colonial, reportada en los documentos del siglo XVIII, los indios aprendieron a manejar un comercio

<sup>11</sup>Informe sobre el Real de la Cieneguilla en 1774, en McCarty, 1976, pp. 22-24; Padrón del Real de San Ildefonso de la Cieneguilla, 1816 (cortesía de Robert Jackson); Underhill citada en Castetter y Bell, 1942, pp. 46-48.

<sup>12</sup>Gómez Canedo, ed., 1971, pp. 64-65; Radding, 1979, p. 49 y *passim*; Castetter y Bell, 1942, pp. 46-50; Spicer, 1974, p. 29-30; Rodríguez y Silva, 1985, pp. 9-10; entrevista con Mariano Salcido, Quitovac, Sonora, 1985 (PHO-5-72 INAH Centro Regional del Noroeste).

regulado por los precios. En efecto, participaron en una red de pequeños mercados separados, cuyos precios se alteraron según la temporada y se variaban de un local a otro.<sup>13</sup>

La gradual monetización de su economía se refleja en el régimen de trabajo en las misiones. Durante las primeras tres décadas del siglo XIX algunos inventarios y estados de cuenta parciales para Tubutama y sus pueblos de visita señalan la presencia de “sirvientes y alquilados”, pagados en especie y en dinero. El uso de mano de obra eventual, en condiciones que se asemejan al peonaje, significa un cambio en la cualidad de la vida interna de la misión, cuyas raíces se habían sostenido en el trabajo colectivo de la comunidad. Fuera de las misiones los o’odham vendieron su trabajo a cambio del pago en especie o circulante en los ranchos particulares de la zona.<sup>14</sup>

Otro aspecto del comercio primitivo de los pueblos del desierto que merece comentario especial es la captura y venta de los *nijoras*, niños tomados generalmente de los diversos grupos yumanos y vendidos al servicio de los pimas y españoles. Su registro en los censos y padrones de las misiones y asentamientos coloniales significa la adaptación de formas de esclavitud prehispánica a las normas sociales de la sociedad hispano-criolla. El misionero fray Barbastro explicó la presencia de *nijoras* en las misiones en 1793.

Los pápagos traen [...] a vender algunos muchachitos de las naciones de adentro a quienes se los han comprado. Las naciones de adentro todas tienen mutua guerra, y en las campañas que hacen el pillaje que procuran es muchachitos, para venderlos a otras naciones, y así vienen a parar algunos en las misiones a éstos les llaman comúnmente vijoras [*nijoras*].

Asimismo, los pápagos solían vender a los apaches que tomaron cautivos en sus frecuentes escaramuzas, práctica que fue tolerada y aun fomentada por las autoridades militares de la provincia.<sup>15</sup>

### *La transición entre la colonia y la temprana república*

Los procesos que hemos venido analizando respecto a los o’odham y sus relaciones con la sociedad mayor, *v.g.*, su contacto con las misiones y el incremento en la producción agropecuaria, la ganadería como actividad pastoril y la evolución del intercambio de regalos y el trueque a las formas incipientes de comercialización de los productos de la recolección y la horticultura, muestran fuertes tendencias de continuidad durante el periodo colonial y la primera mitad del siglo XIX. ¿Por qué, entonces, hablar de una transición entre ambos periodos, el colonial y el republicano? En efecto, algunas instituciones básicas que habían definido el coloniaje español en el septentrión, como la misión y el presidio, continuaron vigentes después de que la Independencia de México se declaró formalmente. Aunque fueran descritas por los contemporáneos<sup>16</sup> como en un estado alarmante de decadencia, se puede argüir que su perduración como instituciones respondió a necesidades de defensa en esta frontera aún no completamente dominada. No obstante esta aparente inercia frente al cambio, la sociedad sonorensis de la temprana república se estaba acercando lentamente a nuevas formas de organización económica y social que se perciben en las relaciones de propiedad, en los regímenes de trabajo y en los patrones de migración y asentamiento. Su impacto se hizo sentir en los *tohono* o’odham, los moradores del desierto.

<sup>13</sup>Mange, 1985<sup>3</sup>, pp. 129-131; Underhill citada en Castetter y Bell, 1942, pp. 45-46, 62-63, 132; Patricia Escandón, 1985, pp. 249-298; Radding 1979, pp. 45-47; Archivo Histórico del Estado de Sonora (AHES) exps. 1-2: 1, 93-98.

<sup>14</sup>Radding, 1979, pp. 53-54; Escandón, 1985, pp. 262-264.

<sup>15</sup>Gómez Canedo, 1971, pp. 59-60; Dobyns *et al*, 1960, pp. 230-258; Matson y Fontana, 1977, pp. 74-75.

<sup>16</sup>Ignacio Zúñiga, 1985<sup>3</sup>, pp. 42-41, 61-91; *Memoria*, 1822.

La redistribución de la población y la composición étnica de las misiones revelan varias dimensiones de los movimientos demográficos que se registran durante las postrimerías de la colonia y las primeras décadas del siglo XIX. Los pápago (tohono) ocuparon las aldeas tradicionalmente pobladas por los pima (akimel), en la medida en que éstos últimos bajaron en número debido a las epidemias, las incursiones de los apaches y la emigración a las haciendas y ranchos que se formaban en la zona.<sup>17</sup>

Durante este periodo la minería asumió más importancia para los o'odham. Su trabajo eventual como gambusinos los pusieron en contacto con los *resgatores* (rescatadores: pequeños comerciantes ambulantes) y, aunque marginalmente, con la red de mercados locales que comenzaba a integrar a los diversos pueblos y villas del norte de Sonora. Casi todos los centros mineros de la Pimería Alta comenzaron como placeres de oro donde los operarios “pepenaron” los graneles de oro y lavaron el polvo de Midas en los arroyos y riachuelos de la zona. Posteriormente, con los placeres agotados, se abrieron las labores con los trabajos de excavación para seguir las vetas subterráneas de oro, plata y algunos minerales no preciosos como el plomo. La vida de todos los campamentos era efímera, debido a las vicisitudes de la suerte y la propensión de los mineros a buscar nuevos descubrimientos más ricos o bien a los ataques sorpresivos de los apaches. Los pápagos gambusinos, trabajando al lado de yaquis y mestizos por temporadas en diferentes minerales, seguían el ritmo de una vida errante.

Fueron numerosos los centros mineros de Pimería Alta, pero de todos el de vida más larga y producción más significativa fue la Cieneguilla. Descubierta en 1779, el primer Real de San Ildefonso de la Cieneguilla mostró alta productividad durante 8 años. La segunda bonanza, de 1801-1810, se obtuvo en el sitio de San Francisco de la Cieneguilla. En su auge, la población estimada subió hasta 15 000-20 000, incluyendo a los mineros, sus operarios, los gambusinos eventuales y varias clases de intermediarios y mercaderes. Los propietarios más prósperos construyeron grandes haciendas de beneficio, pero el mineral sostenía a su lado varias “hacienditas de maquila”, los rastros o tahonas movidas por bestias que molían la piedra. Otras minas de la época eran Santa Rosa, el Cajón, Uvalama, Arizona y Ojitos de San Román. Nuevas bonanzas descubiertas entre 1834 y 1844 incluían a Quitovac, San Antonio, Sonoita, el Zoñe, la Basura, San Perfecto, las Palomas, el Álamo y Vado Seco.

De las descripciones de los contemporáneos se puede reconstruir la cadena de distribución y acumulación primitiva de riqueza que se formó en torno a los minerales. Los rescatadores trataban directamente con los operarios y gambusinos. Les vendían víveres y agua a cambio de los graneles de oro, mismos que entregaban a los comerciantes, de quienes dependían, en los centros más grandes como Cieneguilla y Altar y en las villas más distantes como Arizpe.

Quitovac, mineral descubierto por los pápagos, ilustra la secuencia de descubrimiento, explotación y concentración de riqueza en unas cuantas manos.

El descubrimiento de estos ricos placeres se debe al buen religioso fray Faustino González, a quien unos pápagos le consultaron si debían o no dar noticia del oro que en su tierra habían visto, y del que le trajeron unos pequeños granitos [...] Persuadidos, pues, cuatro o cinco pápagos que componían una misma familia, que fueron los de la consulta, los acompañó don Dionisio González, vecino de la Villa de Guadalupe [Altar] quien con otros pocos se marchó con aquéllos. Llegaron al punto, y en efecto se encontraron con aquella riqueza tirada en la superficie. Al momento los blancos y los indios todos empezaron a juntar, registrando las cañaditas o puntos que fuesen más interesados. A la novedad se reunieron los demás indios inmediatos de las rancherías, y muchos altareños y caborqueños que fueron siguiendo a los primeros; y todos, unos más, otros menos, recogieron lo que la suerte allí les tenía deparado. En los primeros días del descubrimiento, como no había balanzas ni pesas en que pesar el oro, los que llevaron dinero y moneda de cobre [jolas] prevalidos de la rusticidad

<sup>17</sup>Castetter y Bell, 1942, pp. 8-9.



de los indios, a bulto les cambiaban el oro, así es que, por ejemplo, lo que llenaba la palma de la mano por 10 pesos, 15 o 10; otras veces llenando el tubito de un carricito, y por este orden de manera que ganaron un platal [...] Don Dionisio González hizo entonces su fortuna.

En efecto, mediante una especie de trueque los pápagos entregaban las pepenas de oro que habían recolectado, mismas que en manos de los comerciantes se convirtieron en riqueza acumulable.<sup>18</sup>

En toda la Pimería Alta se observa el decremento de la población indígena contrastado con el aumento en el número de vecinos (hispanos, criollos y castas) atraídos a la región para ocupar las tierras cultivables de los valles, probar la suerte del minero y aprovechar el pequeño comercio. Desde luego que la reducción en los niveles demográficos aborígenes, con la concomitante pérdida de mano de obra en las misiones que amenazó su existencia como comunidades y entes productivas, está estrechamente relacionada con la acelerada privatización de la tierra documentada para la primera mitad del siglo XIX.<sup>19</sup> El repliegue de la población rural a ciertos pueblos y villas significó el abandono de varias rancherías ribereñas y la absorción de sus tierras y aguas en las haciendas que se expandieron sobre el Valle del Altar. El proceso revela el mestizaje étnico y cultural de los indígenas y su “proletarización” en la medida en que los comuneros de las antiguas misiones se convirtieron en peones.<sup>20</sup>

Durante esta misma etapa las luchas entre apaches y o’odham se volvieron más duras. La tradición oral de los tohono revela la importancia de las repetidas escaramuzas con bandas de apaches para su estructura familiar y su patrón de migración estacional entre la wahia y el oidag. Hay evidencia que los tohono dejaron los campamentos dispersos y se concentraron en asentamientos más compactos para defenderse de los apaches. Asimismo, sirvieron de guías y escoltas para los viajeros que siguieron la ruta por tierra entre Sonora y Alta California. Frente a las hostilidades entre vecinos, o’odham y apache, la práctica de la guerra, la función del liderazgo y la elaboración de leyendas y mitos tomaron nuevas modalidades.<sup>21</sup>

Los conflictos y adaptaciones que se produjeron durante este periodo de transición se manifestaron con mayor fuerza en ciertos acontecimientos a mediados del siglo. La década de 1840 fue crítica para definir de nuevo la relación entre los o’odham, su medio ambiente y la sociedad dominante que comenzaba a tomar forma en Sonora. Esta coyuntura para el devenir histórico de los o’odham se vé en dos eventos principales y sus ramificaciones: la secularización *de facto* de las misiones (1842) y los enfrentamientos armados entre pápagos y mexicanos (1840-1843).

Se ha referido ya al decaimiento de las misiones como comunidades viables económica y socialmente para los indígenas de la región. Sus recursos económicos fueron diezmados sistemáticamente por los terratenientes particulares y los gobernantes del nuevo régimen bajo los Estados de Occidente y Sonora. Los vestigios de las misiones pima y pápago se quedaron desprotegidos cuando, en 1842, los dos últimos misioneros franciscanos que les habían servido se retiraron de Pimería Alta y regresaron al Colegio de Querétaro.<sup>22</sup> El recurso de la misión se perdió a los tohono o’odham y el impacto en su ciclo migratorio se percibió elocuentemente por el capitán y los alcaldes indígenas de Pitiquito y Caborca quienes, en 1835, dirigieron al gobernador el estado una defensa del antiguo sistema de trabajo recíproco y producción comunal. Haciendo notar que las tierras misionales del Valle de Magdalena, en el sur de la Pimería Alta, estaban enteramente en manos de los vecinos, los

<sup>18</sup>Toda la información sobre minería en esta sección viene de Velasco, 1985<sup>2</sup> (1850) pp. 165-196.

<sup>19</sup>Radding, 1979, pp. 23-44, 51-71.

<sup>20</sup>*Ibid.*, pp. 72-82 y cuadros VIII, IX, XI y XII.

<sup>21</sup>Ver Spicer, 1974, pp. 18-20; Rodríguez y Silva, 1985, pp. 16-18; Bell, Anderson y Stewart, 1980, *passim*; Zúñiga, 1989, pp. 33-34, 85-88.

<sup>22</sup>Kessell, 1976; Radding, 1979.

gobernadores advirtieron lo siguiente acerca de las misiones de los valles del Altar y Asunción:

ya casi los que las habitan son de esta multitud de pápagos errantes, que a no vaguear como ahora, han internándose a los puntos de haciendas y pueblos del Estado [...] que no tomando pueblo, viven en sus estériles cerros, de vagabundos, y la necesidad les hace venir a robar ganado y caballada a las cercanías del presidio y de los ranchos cercanos.<sup>23</sup>

Los “pápagos errantes” son los tohono e hiach-ed, los moradores del desierto, que habían visitado las misiones de vez en cuando para recibir alimentos y participar en las labores de la siembra y cosecha.

En 1840, una serie de escaramuzas, agresiones y recriminaciones entre los o'odham, los vecinos y los soldados presidiales del Altar estallaron en la “sublevación” de los pápagos. Los conflictos habían surgido de las acusaciones recíprocas de pápagos y mexicanos sobre el robo de ganado, pero estas quejas repetidas eran más bien síntomas de los problemas más profundos en torno al usufructo de agua, pastizales y tierras cultivables.

En la medida en que los mexicanos penetraron en el tradicional territorio de los o'odham, abriendo minas y cercando terrenos, acapararon recursos que eran vitales para los nómadas. Hay evidencia que los conflictos se agudizaron debido a epidemias y hambrunas que afligieron a los o'odham durante estos mismos años. Los combates principales ocurrieron cerca de Cóbota, una ranchería al este del valle de Sonoita, donde los o'odham acusaron a los mexicanos de haber perpetrado una matanza de los indígenas. Al cabo de tres años se acordó una tregua; en efecto, los tohono e hiach-ed se retiraron más al desierto o se acomodaron a la economía impuesta por los mexicanos que habitaron su zona.<sup>24</sup>

### Conclusiones

Para ofrecer algunas interpretaciones sobre las relaciones históricas entre los o'odham, los españoles y los mexicanos durante el periodo definido para el estudio, retomamos la hipótesis presentada anteriormente: la creciente importancia del mercado reemplazó sólo gradualmente a los medios tradicionales de subsistencia. Al considerar la evidencia resumida en este breve trabajo, concluimos que, para este periodo de transición, la economía y la organización social de los o'odham se encontraba en un proceso de cambio. El intercambio comercial y el mercado de trabajo enfocado en la ganadería y en la búsqueda de oro creaban nuevas relaciones sociales que, a largo plazo, entrarían en contradicción con el tradicional modo de subsistencia fundamentado en la transhumancia, la recolección y la horticultura limitada dentro del ciclo natural del desierto. Aunque los o'odham conservaron los viejos patrones de nomadismo y los adaptaron a los ámbitos nuevos de la misión y el incipiente mercado regional, las estructuras establecidas por el coloniaje español y modificadas por las instituciones de la temprana república entraron en conflicto con el mundo aborígen. Se enfrentaron divergentes principios ecológicos, sistemas sociales y cosmovisiones. Este conflicto provee la dinámica de su historia y explica sus diversas facetas de cambio, resistencia, acomodación y repliegue.

La dualidad de la economía pápaga durante la primera mitad del siglo XIX se observa claramente en la ranchería de Quitovac, Asentamiento o'odham desde el periodo prehispánico, *kiito-waak* corresponde a la cultura tradicional de los tohono. Representa el oídag, las milpas situadas alrededor de una ciénega y sus manantiales

<sup>23</sup>AHES 1-2: 95. Enrique ° *et al.* al Fr. Pérez Llera.

<sup>24</sup>AHES Leg 4, Exp. 2, 1832-1856; Fontana 1981, pp. 57-60.

permanentes; su wahia fue el campamento de Chujubabi en la falda de la serranía cercana. La ranchería aborigen ocupó distintos sitios contiguos para sus viviendas, su cementerio y su área ceremonial durante los últimos cuatro siglos. Aunque su ecosistema es de los tohono, sus tradiciones orales sugieren que la población contemporánea de Quitovac descende de una banda de hiach-ed o'odham que migraron a la ciénega a mediados del siglo pasado.

Más significativa aún para nuestra hipótesis es la coexistencia de dos comunidades en Quitovac a partir del descubrimiento de minas durante el tercer decenio del siglo pasado. El desarrollo paralelo de la ranchería o'odham y el pueblo mexicano se ve en su configuración arqueológica y se corrobora en los documentos históricos.<sup>25</sup> El traslape espacial de ambas comunidades simboliza las relaciones de intercambio comercial y de trabajo que las unía. El "contrapunteo" de ganadería y búsqueda de oro se implantaba encima del ritmo ancestral de recolección y horticultura que alternaba entre Quitovac y Chujubabi, las milpas y el pozo.

En la medida en que avanzaba el siglo los forasteros llegaron a Quitovac en mayor número. Su ciénega fue un lugar de descanso en la ruta entre Sonora y Alta California. Cada bonanza minera trabajo consigo un nuevo aumento en la población y los ganaderos mexicanos compitieron con los o'odham para pastorear su ganado en este oasis desértico. Para fines del siglo y acercándose a la época actual, la comunidad o'odham había modificado la dirección y los objetivos de sus migraciones. Las familias se dividieron entre la Angostura (Arizona) donde trabajaron en la pizca de algodón y Quitovac, donde mantuvieron, aunque parcialmente, el antiguo ritmo transhumante entre las milpas, la wahia y el campamento para la recolección del sahuaro en S'toa Toak (San Emeterio).<sup>26</sup>

Pero las tradiciones no se olvidaron, ni tampoco se perdió el sentido de la comunidad. Quitovac permaneció como un centro ceremonial para los o'odham de varios asentamientos en Sonora y Arizona. La conservación del antiguo modo de subsistencia se simboliza en *Wi:gita*, la ceremonia anual que perdura en Quitovac hasta la actualidad. *Wi:gita* da expresión a diferentes valores que integran el mundo de los o'odham. Su fecha, tradicionalmente establecida según las fases de la luna (ahora ajustada para acomodar el trabajo de los o'odham de Arizona) señalaba la preparación de las milpas en anticipación de las lluvias veraniegas y el inicio de la recolección del sahuaro. Los bailes y ritos están asociados con la lluvia, la salud y, sobre todo, la unión fundamental entre las familias y rancherías que compartían cierta comunidad ecológica e histórica. Se baila para traer la lluvia que hace florecer al desierto. Las canciones, repetidas de generación en generación, cuentan la historia de la comunidad cuyo enfoque geográfico es Quitovac.<sup>27</sup>

Proyectando los lineamientos de este estudio hacia el futuro, la penetración angloamericana en la región, formalizada a través del Tratado de la Mesilla, abrió un nuevo mercado de trabajo que alteró la territorialidad y la organización de la comunidad o'odham. La frontera binacional, el ferrocarril, las carreteras pavimentadas, la creación de la *Papago Indian Reservation* en Arizona, los campos algodoneiros y las minas de cobre son partes de este nuevo capítulo en la historia de la gente del desierto.

<sup>25</sup>Rodríguez y Silva, 1985; AHES, Leg. 4, Exp. 2 y Gaveta 1,3, exp. 55, 1836; "El juez de paz del nuevo placer de los Angeles conocido con el antiguo nombre de Quitovac, solicita se le dé aprobación al plan de propios y arbitrios... para que riga en la nueva población"; Velasco, 1985<sup>2</sup> (1850), p. 191. Para migraciones de los hiached, ver Rodríguez Silva, 1985, p. 16, y Bell, Anderson y Steward, 1980, *passim*. Velasco, 1982<sup>2</sup> (1850), pp. 143-146 describe el modo de subsistencia tradicional contemporáneamente con el relato de los operarios pápagos en el mineral de Quitovac, citado anteriormente (nota 18).

<sup>26</sup>Rodríguez y Silva, 1985, p. 10; Nabhan, 1982, pp. 87-98.

<sup>27</sup>Esta descripción sucinta de *Wi:gita* no abarca su complejidad. Se basa en Nabhan, 1982; Fontana, 1981; Crosswhite, 1981; Jones, 1971 y observación personal, julio.

### Bibliografía

- BELL, Fillman, Keith M. Anderson and Ivonne G. Steward  
1980 *The Quitobaquito Cemetery and its History*. Tucson, Western Archeological Center, USA, National Park Service
- CASTETTER, Edward F. and Wills H. Bell  
1942 *Pima and Papago Agriculture*. Albuquerque, University of New Mexico Press.
- CROSSWHITE, Frank S.  
1981 Desert Plants, Habitat and Agriculture in relation to the major pattern of cultural differentiation in the O'odham people of the Sonoran Desert. *Desert Plants*, vol. 3, No. 2, pp. 47-76
- DOBYNS, Henry F., Paul H. Ezell  
Alden W. Jones, Greta S. Ezell  
1960 "What were Nixoras?" *Southwestern Journal of Anthropology* 16, 2: pp. 230-258.
- ESCANDÓN, Patricia  
1985 "La nueva administración misional y los pueblos de indios; economía y sociedad en Sonora, pp. 249-298 en *Historia General de Sonora*", tomo II: *De la Conquista al Estado Libre y Soberano de Sonora*, Sergio Ortega Noriega, coord., México, UNAM y Gobierno del Estado de Sonora.
- FONTANA, Bernard L.  
1981 *Of Earth and Little Rain. The Papago Indians*. Photographs by John P. Schaefer, Flagstaff, Northland Press.
- GÓMEZ CANEDO, Lino, ed.  
1971 *Sonora hacia fines del siglo XVIII. Un informe del misionero franciscano fray Francisco Antonio Barbastro, con otros documentos complementarios*. Estudio preliminar, edición y notas por ..., Documentación Histórica Mexicana 3, Guadalajara, Librería Font.
- JONES, Richard  
1971 The Wi'gita of Achi and Quitobac, *The Kiva* 36, 4.
- KESSELL, John L.  
1976 *Friars, Soldiers and Reformers. Hispanic Arizona and the Sonora Mission Frontier, 1767-1856*. Tucson, The University of Arizona Press.
- MANGE, Juan Mateo  
1985<sup>3</sup> *Diario de las exploraciones en Sonora. Luz de Tierra Incógnita*, Hermosillo, Gobierno del Estado de Sonora. Esta edición comprende la segunda parte de la obra, incluyendo los tres últimos capítulos por Luis Xavier Velarde escritos en 1716.
- MATSON, Daniel S. y Bernard L. Fontana, eds.  
1977 *Friar Bringas Reports to the King. Methods of Indoctrination on the Frontier of New Spain, 1796-97*. Tucson, University of Arizona Press.
- MCCARTY, Kieran  
1976 *Desert Documentary*. Tucson, Arizona Historical Society, Historical Monograph, no. 4.
- NABHAN, Gary Apul  
1982 *The Desert Smells Like Rain. A Naturalist in Papago Indian Country*. San Francisco, North Point Press.



RADDING, Cynthia

1977 "The Function of the Market in Changing Economic Structures in the Mission Communities of Pinería Alta, 1768-1821", *The Americas*, XXXIV, 2, pp. 155-169.

1979 "Las estructuras socio-económicas de las misiones de la Pimería Alta, 1768-1850. *Noroeste de México*", no. 3, Hermosillo, INAH, pp. 1-124.

RIESGO, Juan Miguel, Salvador Porras,  
Francisco Velasco, Manuel José de Zuloaga

1822 *Memorias sobre las proporciones naturales de las Provincias Internas Occidentales*, México.

RODRÍGUEZ Loubet, Francois y Nelly Silvia S.

1985 Reporte sobre los trabajos de campo realizados por CEMCA en el marco del Proyecto Sonora. México, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos de la Embajada de Francia (inédito).

SPICER, Rosamond B.

1974<sup>2</sup> "The People on the Desert", pp. 3-114, en *The Desert People* por Alice Joseph, Rosamond B. Spicer and Jane Chesky, Chicago, University of Chicago Press (Midway Reprint).

VELASCO, José Francisco,

1985<sup>2</sup> *Noticias estadísticas del Estado de Sonora, 1850*. Hermosillo, Sonora, Gobierno del Estado de Sonora (primera ed. 1860-1865, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística).

ZÚÑIGA, Ignacio

1985<sup>3</sup> *Rápida ojeada al Estado de Sonora*, México, Gobierno del Estado de Sonora (primera ed. México, Juan Ojeda, 1835; segunda ed. en David J. Weber, ed., *Northern Mexico on the Eve of the United States Invasion*, New York, 1976).